

pues por este parto este Gefe divino ha bajado á la arena, ha tomado parte en el combate, se ha hecho Dios con nosotros, se ha revestido con la flaqueza y mortalidad de nuestra naturaleza, ha podido padecer y morir, y por este medio, como han hecho despues de El y por El los otros mártires, clavar al enemigo en el instrumento de su suplicio y destruir la muerte muriendo. Y en esta arena, abierta así á María y cuyo triunfo es la Cruz, el primero y el mayor mártir despues del Gefe, es esta misma Virgen, que lo ha introducido allí: pues ella lo ha introducido por una Maternidad, cuya incomparable ternura le ha hecho propios todos los dolores de su Hijo divino, con una plenitud que ha sido como el Océano de todos los martirios, y que nos la hace aparecer la mas próxima á la Cruz despues del gran Mártir que está clavado en ella: *Juxta Crucem*. Desde el pié de esta Cruz, donde ella nos ha dado á luz por su compasion, nueva madre de los Macabeos, sostenia los mártires, sus demás hijos; ella triunfaba del Dragon.

Es, pues, con justo título, como la Iglesia, triunfante despues de las persecuciones, saliendo de las Catacumbas, y tomando posesion de este *Panteon* donde el arrojado de sus Confesores habia desafiado todos los dioses y todos los crímenes, á quienes en el mismo ofrecia incienso la idolatría, consagró este templo de la mentira y de la violencia á todos los mártires, cuya venerable osamenta fué trasportada á él, y superiormente á ellos, á la *Madre de Dios, Reina de los mártires, SANTA MARÍA AD MARTIRES*.

Así es como se nos representan los tres primeros siglos de la Iglesia, con este respetable encadenamiento de testimonios que nos hacen ver en María el mayor instrumento de Jesucristo contra el enemigo, del que ha venido á librarnos, y al que sujeta bajo sus piés por medio de María.

CAPITULO V.

Desenvolvimiento del culto de María, despues de la sumision del mundo á Jesucristo.

Al advenimiento de Jesucristo al trono de los Césares, vencidos y vencedores por su Cruz, el culto de María entró, como todo el Cristianismo, en una nueva fase. Se pretende que este culto no haya tomado su desarrollo, ó si se quiere su nacimiento, sino á partir del siglo quinto ó del Concilio de Efeso. He ahí una equivocacion histórica. El Concilio de Efeso, sin duda, como veremos, proclamó mas solemnemente de lo que se habia hecho hasta entonces el título de *Madre de Dios* en María. ¿Mas por qué? Porque Nestorio habia emprendido negar este dogma como conteniendo el de la divinidad de Jesucristo. Esta negacion de Nestorio era con toda evidencia una *novedad*, á menos que no se pretenda que la creencia en la divinidad de Jesucristo no data tampoco sino del siglo quinto. La Iglesia protestó contra esa novedad. ¿Por qué medios? Por la *antigüedad* de la creencia que atacaba. El Concilio de Efeso es por lo tanto brillante testimonio de esta antigüedad del culto de María, lejos de serlo de su novedad. Además, allí están los hechos para el que los sabe; pero vamos á recordarlos para quien los ignore. Diremos únicamente desde ahora, que desempeñando la heregía en el Concilio de Efeso el papel á que Dios la habia condenado para siempre, de provocar el triunfo de la verdad, el culto de María, en el ataque de Nestorio ganó un nuevo desenvolvimiento, pero que era el término de un desenvolvimiento precedente, el cual databa del cuarto siglo, consecuencia él mismo de la doctrina

de los tres primeros siglos, remontando hasta Jesucristo. El Concilio de Efeso fué como el pico mas elevado de una cordillera de montañas, que parte desde los Apóstoles, y cuyas ondulaciones solidarias acusan un mismo movimiento.

Este mismo movimiento es el que tenemos que designar para el cuarto siglo, en su doble anexion con los tres primeros siglos y con el quinto, que les sirve de punto de union.

A partir del cuarto siglo, el culto de la Santísima Virgen toma un carácter nuevo: es el carácter laudatorio y deprecativo, viniendo á unirse al carácter doctrinal que principalmente habia tenido hasta entonces. Digo principalmente, porque si este carácter doctrinal ha dominado en los tres siglos primeros, no ha excluido los otros dos, como tampoco estos han excluido á aquel cuando han llevado la ventaja. En todo tiempo se ha alabado é invocado á María; en todo tiempo este culto se ha fundado sobre la doctrina razonada de su divina Maternidad.

En los tres primeros siglos, únicamente, este culto laudatorio y deprecativo estaba contenido y reservado. No hay cosa mas fácil de concebir.

En aquellos tres siglos de gigantesca lucha entre la doctrina de la unidad de Dios y el tropel de divinidades de la fábula, entre la locura de la Cruz y la sabiduría que sacrificaba á los ídolos, entre la fuerza moral que desafiaba á la muerte y la fuerza brutal que consumia todas sus fuerzas en darla, el Cristianismo debió reducirse en la boca y en la vida exterior de sus confesores, á lo que estos no podian callar sin que se les hiciera un crimen, á lo que debian pregonar sobre los tejados. Debió presentarse, si me atrevo á decirlo así, con la menor faz posible, sin extinguirse enteramente, para entrar en el corazon del Paganismo, á la manera de una cuña, cuyo corte, por delgado que sea, resume todas las partes por una mancomunidad que se estiende hasta su base, á la que abre el camino.

Esta cuña es el Cristianismo, el Catolicismo, con todo el desenvolvimiento de sus mártires, de su doctrina y de su culto, con el culto, por consiguiente, de la Virgen María, tal cual se hizo recibir mas tarde. Presentar este culto desde un

principio, hubiera sido querer hacer entrar la cuña por la base. Mientras que ocultarlo, de ninguna manera era negarlo. Era profesarlo y hacerlo entrar, ya implícitamente, por medio del culto de Dios y de Jesucristo.

Y obsérvese en esto el noble desinterés y el valor santo de la Iglesia. Cuando decimos que presentar desde luego el culto de la Virgen María hubiera sido comprometer la introduccion del Cristianismo en el mundo pagano, no es que por esto hubiese tenido mas dificultad para ser recibido. Al contrario, hubiera tenido demasiada facilidad. Una madre y un hijo, una Isis y su Horus, una mujer madre de un Dios hubiera ido naturalmente á agregarse á todas aquellas madres de aventura que habian dado la vida á los dioses. Pero el error y la corrupcion paganos hubieran desnaturalizado este culto angelical, y con él el de Jesucristo. Seducido el Paganismo con un atractivo idólatra, hubiera mordido en él, pero lo hubiera absorbido, y hubiera pasado sin trasformacion del culto de la madre de los dioses al culto de la Madre de Dios, y este acontecimiento habria sido funesto por su misma facilidad; tambien hemos visto en Tertuliano, que el Cristianismo se evadia cuanto podia de este lado, evitando todo contacto con el Paganismo. No porque el misterio de la Virgen María no sea lo que hay mas digno de la piedad de los hombres, despues de Dios y Jesucristo, sino porque el Paganismo no se hallaba bastante ilustrado ni bastante puro para comprenderlo.

Era necesario, por lo tanto, presentar el Cristianismo del lado que menos comprometiera por su santidad, aunque fuera el que comprometiese mas por su popularidad y por su triunfo, si el mismo Dios que le daba la santidad, no le hubiese dado la fuerza, por la Cruz de Jesucristo, *estándalo para los judios, locura para los gentiles*. Era necesario que Jesucristo pasase el primero, si me atrevo á hablar así, y fuese recibido solo con el gran dogma de la unidad de Dios, del cual dogma era el restaurador. Era necesario que sola la Cruz tuviese el divino honor de la conversion del mundo. Despues de esto, ablandados ya los corazones, purgados, rehechos, espulsada la idolatría, el culto virginal de Maria podia venir sin peligro

de ser desnaturalizado, y con todos los dones y todas las gracias que dimanaban de él.

Esta verdad quedará evidenciada si se observa que el SECRETO DE LOS MISTERIOS delante de los infieles y los catecúmenos, abrazaba todo el interior del Cristianismo, y se extendía hasta la esplicacion de la divinidad de Jesucristo, que no se daba por completo hasta el bautismo, aun en tiempo de Orígenes (1). «El que es iniciado, dice, conoce la carne y la sangre del Verbo de Dios. No nos detengamos, pues, en las cosas que conocen aquellos que saben, y que no pueden ser manifestadas á aquellos que ignoran (2).» El motivo de semejante reserva aparece en esta objecion de Celso: «Ellos podrian tener alguna razon de abstenerse de adorar los dioses, si no adorasen á un solo Dios; pero adoran á un hombre nacido hace poco (3).» Orígenes respondia, sin duda, á esto, que *el Padre y el Hijo no son sino uno*, y que *Jesús es antes que Abraham fuese*, siendo la verdad, el Verbo y la Sabiduría de Dios. Pero no descendia á la esplicacion interior de la encarnacion del Verbo, y se limitaba á defender sus relaciones, sabiendo muy bien con qué preocupacion é ignorancia de las cosas divinas tenia que luchar; ignorancia tal, que Celso añadía: «Si vosotros adorais al Hijo de Dios con su Padre, de aquí se sigue, por lo tanto, que debeis tambien adorar á sus Ministros (4).»

Júzguese despues de esto, ¿qué efecto hubiera producido en el mundo pagano el culto público de la Santísima Virgen! Hubiera sido, para los paganos, un motivo de volver contra los cristianos la misma acusacion de idolatría; para los cristianos apenas salidos de la idolatría, hubiese sido un peligro de volver á caer en ella.

Por esta razon, no menos que por causa de las persecuciones, la Iglesia cristiana, durante los tres primeros siglos, se abstuvo del culto público; ella no tuvo, salvo muy pocas escepciones, ni templos, ni altares, ni estatuas; la misma imá-

(1) Homil. IX, in Levit.

(2) Homil. III, in Genes.

(3) ORÍGENES, contra Celso, lib. VIII, n.º 12.

(4) Id., ibid., n.º 15.

gen de Jesús crucificado no fué espuesta al público sino mas tarde; y Celso, que reprendía á los cristianos como una idolatría adorar á Jesucristo, les reprendía al propio tiempo porque no tenían ninguna forma de culto (1).

Lo dicho es bastante para reducir á lo que vale la objecion contra la antigüedad del culto de la Santísima Virgen, fundada en que este culto no tenia carácter alguno público en los tres primeros siglos. He aquí, además de esto, la respuesta que á ello dá, por cierto sin saberlo, un hábil y celoso protestante de nuestros dias, á propósito de la estética cristiana: «No olvidemos, dice, que en aquella época, el elemento humano se hallaba profundamente manchado por el Paganismo. No era posible desde el primer dia reconquistarlo todo enteramente al Cristianismo. Ciertas esferas, en las cuales la Religion de Cristo tiene, no solamente el derecho, sino tambien la mision de ejercer su accion, le estuvieron necesariamente cerradas por largo tiempo en que la civilizacion descansaba sobre bases paganas (2).»

Esto es una verdad, y no deja de serlo aplicándose al culto de la Santísima Virgen. «La Iglesia de los primeros siglos, dice Thomasino, temía que la idolatría, que ella con tanto trabajo derribaba, no se volviese á levantar. Por cuyo motivo, á la verdad, tuvo un culto para la Madre de Dios, *Deiparam coluit quidem*, pero de tal manera, que no fuese una piedra de choque para nadie. Habiendo los paganos adorado á las madres de los falsos dioses, hubiera sido de temer que muchos recayesen en el mismo error con motivo del culto de María, Madre del verdadero Dios... Mas despues que Nestorio se hubo desencadenado contra la Maternidad divina de Maria, y que el Concilio de Efeso hubo fulminado sus rayos contra él, cada uno sintió el deber de rendir á María los mayores homenajes. La Religion cristiana, habiendo entonces echado mas profundas raices, y habiendo sido estirpada la heregía, se pudo dar publicidad á la dignidad y gloria de esta incomparable Vir-

(1) ORÍGENES, contra Celso, lib. VIII, números 19 y 20.

(2) M. de PRESSENSÉ, *Historia de los tres primeros siglos de la Iglesia cristiana*, t. II, p. 265.

gen, y debió hacerse así para cerrar la boca á la impiedad de la heregía, que se atrevia á deprimirla de nuevo (1).»

Sobre esto, midase ahora la fuerza de los testimonios que hemos aducido para los tres primeros siglos. Si á pesar de tantas razones de abstenerse de toda manifestacion, de toda profesion gloriosa para María, se la oponia incesantemente contra todas las formas de la heregía como Madre y como Virgen, manifestando la humanidad y la divinidad de Jesucristo; si no se temia dar á su accion tan grande alcance cual era la de primera Madre del género humano sobre su posteridad, de llamarla la *Causa* de nuestra salvacion, nuestra *Abogada*, y la nueva *Eva*; si tambien se la llamaba *Iglesia*, que daba á luz á los cristianos, nutriéndoles de Jesucristo, como de su leche; si se hacia depender toda doctrina y toda moral religiosa de su divina Maternidad; finalmente, si ella se atestiguaba á sí misma por *apariciones*, de las que resaltaba la luz de la doctrina, y por auxilios morales, que trocaban, en los corazones de los que la invocaban, los ardores mas criminales en celestial amor que volaba al martirio, ¡qué profundidad y qué fuerza de verdad no revelan todos estos testimonios?

Que mas tarde se hagan todos lenguas en panegíricos y en invocaciones de María, cuyo fervor apure toda la riqueza del lenguaje humano; que se le levanten altares, estatuas, santuarios, catedrales; que se ostenten las pompas mas espléndidas del culto, de la veneracion, de la confianza y del amor; por lo que á mí hace, todo esto no igualará, respecto de la gloria de María, al culto doctrinal que le han tributado constantemente los tres primeros siglos. Pues no es de una manera oratoria y jaculatoria, siempre sospechosa de exageracion, como se hablaba entonces de María; es dogmáticamente, es al pié de la estricta verdad, donde se media toda la estension de su grandeza, y se la juzgaba tan inmensa como despues acá se la ha juzgado siempre.

No olvidemos, en fin, que en aquel mismo tiempo, los templos, los altares, las imágenes, las invocaciones litúrgicas,

(1) THOMASINUS, De Dierum festorum celebratione, libro II, capítulo XX, núm. 40.

nada faltaba al culto de María, solamente que todo esto estaba bajo de tierra, en las Catacumbas, donde lo encontramos hoy dia, y donde se practicaba entonces con una intensidad de creencia y de fervor que era en razon del peligro y el misterio. De este culto subterráneo es, cual de unos surcos abiertos por el cortante arado de la persecucion, y regados con la sangre de los mártires, de donde han surgido nuestras catedrales, nuestros santuarios, nuestras tierras, nuestras pompas en honor de María; y el tipo de la Virgen que el dulce pincel de Rafael ha ofrecido á nuestra piadosa admiracion, no es mas que una inspiracion, lo hemos visto ya, del sentimiento cristiano del *primer siglo*.

El siglo cuarto, del cual debemos tratar en este capítulo, presenta como el primer albor de este culto enterrado en cierta manera durante los tres primeros, abriéndose paso por entre el terreno, apenas descombrado, de la idolatría, y lanzándose ya de ciertas bocas, tan ricamente, que las nuestras, despues de ellas, no pueden hacer mas que tartamudear.

Vamos á limitarnos á siete testimonios, por otra parte bastante eminentes y dignos de suceder á los que preceden. Son estos:

San Efrem.

San Epifanio.

San Atanasio.

San Gregorio de Nazianzo.

San Ambrosio.

San Juan Crisóstomo.

San Agustin.

¡Qué hombres! ¡Qué santos! ¡qué continuacion de la cadena que hemos reconocido ya desde San Ignacio á San Cipriano!

I. El mas antiguo de todos, San Efrem, es el mas rico en alabanzas y plegarias á María. Se vé en él el mas hermoso surtidor de la antigüedad cristiana honrando á la Madre de Dios. Hijo de un sacerdote del dios Abnil, en Nubia, se declaró muy pronto por la fé cristiana, y vino á ser uno de sus mayores confesores contra la idolatría y la heregía. Los sirios, despues de

quinze siglos, lo tienen aun en grande veneracion, y le llaman el Doctor Profeta de su nacion. Este gran santo se entregó á glorificar á María por la doctrina de su divina Maternidad, fundamento y argumento de la fé cristiana contra la heregia. Continuando la argumentacion de los tres primeros siglos en sesenta y tres tratados contra las mil formas de aquel Proteo, tuvo que responder á los Maniqueos, que atacaban el matrimonio como proviniendo del principio malo, á causa de la carne que es su elemento. He aquí cómo lo hizo y con qué fuerza de imaginacion confunde por María á los discípulos de Manés:

«¿Cómo se efectuará la propagacion del género humano? Yo sé que llevan el delirio hasta pretender que la mujer puede ser madre por la influencia de puros espiritus. María es la única é incomparable que hecha madre sin concurso de hombre, haya permanecido vírgen; porque en Dios no se puede concebir nada difícil. Admirariamos en vano esta maravilla, si estuviera en poder de los Angeles el efectuarla. El demonio tendria mucho ganado entonces, haciendo madres á las doncellas para oponerlas á la Madre de Dios. Su malicia puede remedar todos los misterios de nuestra fé: por lo que toca á la Vírgen, su malicia decae; no tiene igual que oponernos. El ha podido proporcionarse algunos viejos socarrones, á quienes llama sus santos, seducidos ó seductores, haciendo el papel de profetas, como en otro tiempo el mistagogo Baál, y sustituirlos á los venerables pontífices de la Iglesia, creyendo de esta manera sorprender á los sencillos. Ha fabricado emisarios á la manera de los Apóstoles de Cristo, y entre los infieles, ha podido levantar altares en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El ha podido contrahacer la continencia, la pobreza, la abstinencia, el celo por la plegaria. Este maestro engañador ha podido encubrir sus empresas con semejantes artimañas. Pero le es imposible representar á la Vírgen Madre: nuestra Vírgen le ha remachado el clavo: *Ejus astum revicit Virgo nostra* (1).»

Combatiendo en otro lugar la heregia que negaba la en-

(1) S. EPHREM, Syri Operum classis III, Sermo CX, *adversus Hæreses*, XIX.

carnacion *real* del Hijo de Dios, y valiéndose para ello del ejemplo, muchas veces empleado, de la perla: «Considera, dice, el ministerio de una carne tan imperfecta cual la de la concha en la formacion de la perla; y cree en la formacion real de Cristo en la mujer... ¡Oh misterios grandiosos! ¡Oh celestiales creencias! ¡Que la naturaleza dé á luz lo que no le es propio, y que de ella nazca un fruto sin concurso del hombre! La Vírgen es hecha Madre, la naturaleza produce, unos pechos dan de mamar, una doncella jóven ayuda y coopera... ¿Cómo no habia de haber tomado mas que la semejanza del nacimiento, Aquel que ha querido participar de la naturaleza, de la esencia y del período del mismo nacimiento? Cristo ha crecido en un seno, en el momento mismo en que, como Dios, no necesitaba de nadie, y ha nacido hijo de una mujer, cuando era Hijo de Dios; ha reconocido á María por Madre, y por ella la Divinidad se ha revestido de la humanidad... Y que no se oponga la indignidad de la naturaleza, que ha tomado en el seno virginal: así como el rayo recorre todas las dependencias del sitio que visita, del mismo modo hace Dios. Y así como aquel ilumina hasta las mas escondidas, asimismo tambien Cristo purifica lo que hay de mas secreto en la naturaleza que él se apropia. Así ha purificado á la Vírgen, y ha salido de ella de tal manera, que manifestara que toda pureza es consumada allí donde está Cristo...—Al salir el sol, todo reluce en la naturaleza, y este astro ilumina el universo cuando se presenta en el horizonte: ¿qué no haria en la habitacion donde se encerrara todo entero?.. Si Cristo, iluminando á Pablo de lo alto del cielo con las luces de su gracia, lo ha sublimado á la piedad, ha hecho de un lobo una oveja, de un perseguidor un Apóstol, un horno de caridad de una alma sanguinaria, y de una naturaleza indómita é intratable un instrumento dócil y manejable para sus designios, ¿cuánto mas el Verbo Divino, cuanto se ha encerrado en el seno de María, ha debido purificarla y santificarla?»

Aquí se vé lo que se ha visto ya, y lo que volveremos todavía á ver mas estensamente, á saber: cómo toda la doctrina cristiana está interesada en el culto de la Santísima Vírgen. No es creible, decian todas las heregias, que Dios haya nacido de una

mujer; y esto no es creible, porque es indigno de su Magestad. A esto respondia la Iglesia: esto seria indigno de su Magestad si se hubiese bajado de esta manera sin elevar á sí la naturaleza que ha tomado en el seno de María. Mas él se ha empobrecido menos, en este seno virginal, de lo que ha enriquecido á este. El se ha anonadado en él, es verdad, pero como Dios, colmando de sus grandezas y su santidad la morada mortal que se ha escogido, haciendo de ella un cielo. ¡Y cuál ha debido ser la gloria de este cielo, pues que ha contenido la Magestad que los mismos cielos no pueden contener; pues que ha sido el Oriente de donde el sol de la gracia y de la vida se ha levantado sobre el universo! De esta manera las grandezas de la Madre recompensan las humillaciones del Hijo, de quien son obra: ellas lo manifiestan elevando á sí todo aquello á que él se humilla, y lo glorifican hasta en razon de su anonadamiento. Es lo que María ha publicado la primera: Mi alma glorifica al Señor, porque ha obrado en mí *grandes cosas*, y se ha manifestado Todopoderoso.»

De aquí todas las alabanzas otorgadas á María, *ex hoc Beatam me dicent omnes generationes*. Ellas vuelven contra la heregia y la incredulidad de todas las edades el grande escándalo del Verbo hecho carne.

San Efrem, respondiendo á las mismas preocupaciones de la indignidad del nacimiento del Hijo de Dios de una mujer, decia tambien: «Es verdad; pero ¿acaso la Virgen le ha parido por una semilla recibida de fuera? Nada de eso, sino prestándole su única sustancia sin movimiento carnal; y no es de piedras cortadas y cinceladas con alguna herramienta con lo que la Sabiduría ha edificado para sí esta morada. En su edificacion no se ha oido el ruido del hierro: porque el hombre no ha obrado en María, sino sola la Virgen. Las piedras de este edificio estaban todas pulimentadas y cinceladas por sí mismas: quiero decir, que Dios ha tomado nuestra naturaleza en María sin el concurso del hombre, pero purificada por la esquisita castidad de esta vírgen, y la Divinidad ha permanecido inmaculada en tan grande pureza (1).»

(1) Sermo CXLVIII, *De supernaturali B. Virginis partu*, XX.

¡Qué ideal de pureza no revela en María esta doctrina, y quién no comprende que el culto de esta pureza, el culto de la Virgen, es en cierta manera como la cubierta del culto de Jesucristo, y preserva la fé cristiana del contacto grosero de la idolatría!

Lo capital de esta doctrina de los Padres es que el Verbo, haciéndose niño en el seno de María, no ha perdido nada, no ha suspendido nada aun de la grandeza y glorias de su Divinidad, y no ha hecho sino cubrirla con un velo, por consideracion á nuestra debilidad. De donde se sigue, que es de Dios, en la plenitud de su magestad, de quien es María Madre: lo que vale para esta incomparable Virgen un honor tanto mayor, un culto tanto mas importante, cuanto se halla comprometido en él el de la Divinidad de Jesucristo, como en su mas bello templo y su mas hermosa obra.

Así San Efrem, en su sermón sobre la *Natividad de Nuestro Señor*, queriendo glorificar al Divino Niño, glorifica necesariamente á la Madre, de tal manera, que no se sabe cuál de una ó de otra alabanza de las dos se ha propuesto, tanto se parecen entre sí, compenetrándose recíprocamente.

«María, dice, llevaba á este pequeño Niño, que en su silencio disimulaba la sabiduría que inspiraba en todo idioma. El Altísimo era alimentado con la leche de María, cuando El con su pródiga liberalidad amamantaba al universo; y cuando descansaba en el seno de su Madre, el mundo descansaba en su seno. Cuando su cuerpo se formaba en el seno de la Virgen, su omnipotencia juntaba los miembros de todos los cuerpos; cuando se obraba su concepcion, ponía El mismo los fundamentos de todo lo que tiene vida. Por la efusion de su propia virtud María ha podido llevarlo, sustentando El mismo á todas las cosas (1).»

Esta oposicion sublime, que ha recibido despues tan bellos desenvolvimientos, se manifiesta aquí mas que precedentemente. Esta manera de hacer resaltar el misterio cristiano debió producirse mas particularmente á partir del siglo cuarto, porque es en esta época, poco mas ó menos, cuando

(1) Sermo CXLVIII, *De supernaturali B. Virginis partu*, XX.